

»por el bien universal que de su prision esperamos,
 »por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo
 »que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una
 »instruccion asaz bien moderada, y no menos justi-
 »ficada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro
 »hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á
 »él de cautiverio, ese es el verdadero camino. De-
 »beis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra
 »instruccion, y tomar luego resolucion de lo que en-
 »tendeis hacer, y respondernos, porque conforme á
 »vuestra respuesta alargaremos la prision ó abrevia-
 »remos su libertad. Entrétanto que esto se platica, he-
 »dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi
 »virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le
 »haga buen tratamiento, y que continuamente os ha-
 »gan saber de su salud y persona, como vos lo deseais
 »y por vuestra carta lo pedís. Mucha esperanza tengo
 »de que vos, madama, trabajareis de llegar todas es-
 »tas cosas á buen fin, lo cual si hiciéredes, me echa-
 »reis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran
 »provecho.»

Mas de los términos de aquella instruccion y de las largas consecuencias de la derrota y prision de Francisco I. en Pavía iremos dando cuenta en otros capítulos.

CAPITULO XI.

PRISION DE FRANCISCO I. EN MADRID.

1525.—1526.

Conducta de Carlos V. despues de la batalla de Pavía.—Estado del ejército imperial en Italia.—Recelo del papa y de los venecianos.—Firmeza de la reina regente de Francia: medidas para salvar el reino.—Sus tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.—Condiciones que Carlos V. exigia á Francisco I. como precio de su libertad.—Contestacion de éste: mensajes.—Es traído á Madrid.—Desatenciones del emperador con el régio cautivo.—Peligrosa enfermedad de Francisco en la prision.—Visitale Carlos.—Nuevo desvio.—Proyecto de fuga.—Abdicacion de Francisco.—Temores del emperador.—Célebre Concordia de Madrid entre Carlos V. y Francisco I. para la libertad de éste.—Capítulos del tratado.—Protesta secreta de Francisco.—Pláticas amistosas entre los dos soberanos.—Sale el rey Francisco para Francia.—Casamiento del emperador.—Ceremonial que se observó en el rescate de Francisco I.—Dramática escena en el Bidasoa.—Entra en su reino, y vienen sus hijos en rehenes á España.—No cumple el rey de Francia lo pactado.—Anuncios de graves complicaciones.

Si siempre es difícil obrar del modo mas discreto, mas conveniente y atinado despues de una gran victoria ó de un gran golpe de fortuna, lo era mucho

mas para el emperador Carlos V. despues del glorioso y memorable triunfo de sus armas en Pavia. Un príncipe jóven, de imaginacion ardiente, ávido de gloria y no desnudo de ambicion, que se veia el soberano mas poderoso del mundo, halagado por la suerte, con una perspectiva risueña y brillante ante sus ojos, con sus banderas victoriosas en Italia, apriisionado el monarca que se habia presentado como su rival mas temible, y teniendo por aliados, mas ó menos sinceros, á casi todos los príncipes y estados de Europa, bien necesitaba de prudencia para no faltar á la moderacion y templanza que al recibir la fausta nueva habia por lo menos aparentado, para no dejarse fascinar con tanto brillo, para no malograr el fruto de tan próspero suceso, para utilizar el ascendiente que en el mundo le daba, y al propio tiempo para no abusar de la fortuna, para no hacerse sospechoso y no escitar los celos y la envidia de otros príncipes, y no convertir en adversarios á los que, ó con sinceridad, ó por necesidad, ó por política se le habian mostrado amigos.

Dos preguntas suponemos que haria en aquella ocasion todo el mundo. ¿En qué empleará el emperador sus tropas imperiales victoriosas en Pavia? ¿Qué hará del rey prisionero?—Una y otra eran dificiles de resolver, y uno y otro exigia gran pulso de parte del soberano vencedor.

En verdad el suceso de Pavia parecia poner á la

Europa entera en riesgo de ser presa del afortunado príncipe cuyo poder ninguno otro era capaz por sí solo de contrarrestar. Los estados de Italia de tal modo se sobresaltaron é intimidaron, que el mismo pontífice Clemente VII., á pesar de su anterior conducta, amenazado por el virey Lannoy, se allanó á pagarle ciento veinte mil ducados por ciertas ventajas que en recompensa debia recibir. El duque de Ferrara satisfizo cincuenta mil so pretesto de gastos de guerra. Lo mismo hicieron otras repúblicas y señorías; y hasta Venecia ofreció ciento mil ducados de oro. Francia sin rey, sin tesoro, sin tropas y sin generales, aparecia en peligro de una ruina inminente, y se consideraba casi prisionera como su rey. La consternacion era general. Todo, pues, parecia presentarse favorable al emperador y halagar el pensamiento de dominacion universal, si en su mente hubiera entrado.

Mas bajo esta apariencia lisonjera se ocultaba mucho de adverso. Las rentas positivas del que tantos dominios poseía eran muy cortas, y el ejército imperial de Italia ascendia á poco mas de veinte mil soldados. De ellos, los alemanes que tan briosamente habian defendido á Pavia, orgullosos y altivos con su victoria y sus servicios, siempre codiciosos de pagas, y prontos á indisciplinarse cuando no se les satisfacian con regularidad, á duras penas se acallaron mientras duró el dinero que Lannoy sacó al papa y á los otros príncipes. Despues, temeroso siempre de

que volvieran á amotinarse, el mismo virey tuvo por bien licenciar los cuerpos alemanes é italianos. Apenas pues quedaban fuerzas imperiales en Italia. Por otra parte, recelosos tiempo hacia el papa y los venecianos del engrandecimiento desmedido del emperador, y considerándose los mas espuestos á sufrir los efectos de su ilimitado poder, comenzaron á pensar seriamente en los medios de atajar sus progresos y de restablecer el equilibrio que formaba la base de su seguridad. El mismo Enrique VIII. de Inglaterra conoció que habia dado demasiada mano al emperador, y empezó á discurrir que la superioridad de Carlos podria ser mas peligrosa ó mas fatal á Inglaterra que la de los mismos reyes de Francia sus vecinos; y el cardenal Wolsey, que ni olvidaba ni perdonaba haber sido burlado dos veces por el emperador, no perdía ocasion de apoyar é inculcar estas ideas á su monarca.

De todas estas disposiciones supo aprovecharse bien la madre de Francisco I., que en lugar de abatirse y entregarse á la tristeza por la prision de su hijo, no pensó sino en salvar el reino, ya que tanto en otras ocasiones le habia perjudicado, y lo hizo obrando con la energía y la habilidad de un gran político. Ella se fué inmediatamente á Lyon, á fin de reunir y rehacer mas pronto los restos del destrozado ejército de Italia: envió á Andrés Doria con una flota á buscar al duque de Albania que se hallaba en Ci-

vita-Vechia, con cuyo auxilio pudo volver á Francia con su hueste poco disminuida: halagó á Enrique VIII., reconociéndose y haciendo que los parlamentos se reconociesen tambien deudores de dos millones de coronas de oro á la Inglaterra á nombre del rey prisionero; y ganó á Venecia y al papa, que reclutaron reservada y silenciosamente hasta diez mil suizos. Todo lo cual se manejaba con tal disimulo, que el papa estaba al mismo tiempo celebrando un pacto simulado con el emperador, y el rey de Inglaterra le enviaba embajadores á Madrid dándole el parabien por la prosperidad de sus armas: si bien invocando anteriores conciertos le requería que pudiese en su poder y á su disposicion la persona del rey Francisco, y le hacia otras semejantes demandas y proposiciones á que le constaba no habia de acceder, todo para tener un pretesto honroso de ligarse con la Francia. De este modo el emperador en los momentos de mayor prosperidad se veía abandonado de sus antiguos aliados, y todos estudiaban cómo engañarle.

Por lo que hace al rey prisionero, no estrañamos que el emperador vacilára en la conducta que debia observar con él, puesto que el Consejo mismo á quien consultó se dividió tambien en tres diversos pareceres. Ciertamente lo mas caballeroso y lo mas galante hubiera sido adoptar el dictámen del obispo de Osma, confesor de su magestad imperial, que proponia se

pusiese inmediatamente en libertad al cautivo monarca, sin otra condicion que la de que no volveria á hacer la guerra; pero dudamos que si era lo mas noble, hubiera sido tambien lo mas seguro, atendido el carácter del rey Francisco. Prevaleció, pues, el dictámen del duque de Alba, que sin oponerse á la libertad del prisionero, queria que antes de otorgársela se sacáran de su situacion las condiciones mas ventajosas posibles. Adhirióse á este consejo el emperador, y en su virtud despachó á Mr. de Croy, conde de Rooux, con la carta que trascribimos en el anterior capítulo para la reina madre de Francia, con el encargo de visitar al rey cautivo, y con la instruccion de las condiciones con que podria alcanzar su libertad.

Las principales condiciones que se le imponian, y tambien las mas duras, eran: la restitution del ducado de Borgoña al emperador, con todas sus tierras, condados y señoríos, en los términos que le habia poseido el duque Carlos: la devolucion de la parte del Artois que los reyes de Francia habian tomado á los predecesores del emperador: la cesion del Borbonés, la Provenza y el Delfinado al duque de Borbon, cuyos estados habia de poseer éste con el título de rey: que diese al de Inglaterra la parte del territorio francés que decia corresponderle: que renunciára á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milan y demas estados de Italia (28 de marzo, 1525). Condiciones eran en verdad sobradamente fuertes, y que equivalian á

exigirle la mutilacion y desmembramiento de la Francia, despojándola de sus mejores provincias.

Indignése el prisionero al escuchar tales proposiciones. «Decid á vuestro amo, le dijo con voz firme al mensajero, que prefiero morir á comprar mi libertad á tal precio..... Si el emperador quiere recurrir á tratos, es menester que emplee otro lenguaje (1).» Sin embargo, pasada esta primera impresion, todavia el rey Francisco y la reina Luisa su madre dirigieron á Carlos cartas de mensage, contestando en varios capítulos á las proposiciones del emperador. En ellas accedia á renunciar para siempre toda accion ó derecho que pudiera tener al reino de Nápoles, al ducado de Milan, al señorío de Génova, á las tierras de Flandés y condado de Artois; á restituir al duque de Borbon sus estados y pagar sus pensiones, y aun darle en matrimonio su hija; á costear la mitad del ejército y de la armada, si el emperador quisiese pasar á Italia, ó á hacer la guerra á los infieles, y aun á acompañarle en persona. Pero negábase á la devolucion de la Borgoña y á la cesion de las provincias de Francia, y proponia ciertos enlaces de familia para seguridad de una paz perpétua. Produjo esto contestaciones y réplicas, siendo siempre el principal punto de desavenencia y como la man-

(1) «Dites à votre maitre, que j'aimeiroys mieux mourir que ce faire..... Si l'empereur veut venir á traictes, il fault qu'il parle autre langage.»

zana de la discordia lo concerniente al ducado de Borgoña ⁽¹⁾.

Mientras estas negociaciones corrian, el virey de Nápoles, Carlos de Lannoy, procuró persuadir hábilmente a Francisco que le seria mas ventajoso entenderse personalmente con el emperador, venirse á Madrid, presentarse á él, y dándole esta prueba de confianza sacaria mejor partido y obtendria mas suaves condiciones. Francisco, á cuyo carácter se acomodaban bien estos golpes caballerescos, se dejó fácilmente alucinar de las bellas palabras del virey, y accedió á ello.

Sin comunicarlo al emperador y sin revelar sus intenciones ni á Borbon ni á Pescara, preparó Lannoy una flota en Marsella; las naves las suministraba el mismo rey de Francia, y las tropas de la escolta habian de ser españolas ⁽²⁾. So pretesto de trasladar á Francisco á Nápoles para mayor seguridad, fingió

(1) Coleccion de Documentos relativos á la cautividad de Francisco I., hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia. Núm. 59. Instrucciones de Carlos V. á sus embajadores para tratar del rescate y libertad del rey de Francia con los de Madama la regente.—Núm. 66. Carta de Francisco I. al emperador Carlos V. (abril, 1525).—Núm. 67. Respuestas del rey á los artículos propuestos por el emperador para tratar de su libertad, y comunicados por H. de Moncada.—Núm. 69. Los artículos de un tratado de paz propuestos por el rey estando prisionero en Piz-

zigitone, y llevados al emperador por M. de Reux.—Núm. 71. Primera instruccion á M. D'Embrum para tratar de la libertad de Francisco I.

De algunos de estos documentos manifiesta haber tenido noticia el obispo Sandoval: Robertson sin duda no los conoció.

(2) «Concierto celebrado entre el virey de Nápoles y el mariscal de Montmorency para trasportar á España al rey y la escolta española en galeras francesas (8 de junio, 1525).» Coleccion de documentos relativos á la cautividad de Francisco I. núm. 88.

Lannoy llevarle por mar hácia Génova; mas luego mandó á los pilotos virar hácia España, y á los pocos dias arribó lo escuadrilla al puerto de Rosas en Cataluña (8 de junio). Sorprendió agradablemente á Carlos la nueva de que su ilustre prisionero se hallaba en territorio español, y perdonando que se hubiese hecho sin su mandato á trueque de lisonjear su amor propio dándole en espectáculo á una nacion orgullosa, ordenó que se le condujera á Madrid. En Barcelona, en Valencia, en Guadalajara, en Alcalá, en todas las poblaciones del tránsito fué agasajado y festejado el ilustre prisionero. Venian con él el virey Lannoy y el encargado de su custodia don Fernando de Alarcon; y llegado que hubo á Madrid, se le aposentó en la torre de la casa llamada de los Lujanes, siempre bajo la vigilancia del mismo Alarcon ⁽¹⁾.

Fuerza es confesar que no tuvo nada ni de generosa ni de galante la conducta de Carlos V. con el real prisionero de Madrid. Le cumplimentaba por escrito, pero no le visitaba. Dado que se le otorgára

(1) Tres distintos lugares sirvieron sucesivamente de prision á Francisco I. en Madrid. Primeramente se le puso en la torre de la citada casa de los Lujanes, que está frente á la del ayuntamiento, ó sea la llamada de la Villa, cuya torre habia sido en otro tiempo uno de los fuertes de la muralla que ceñia la antigua poblacion. Allí estuvo hasta que se le preparó una habitacion en el palacio del Arco, que hoy no existe: y úl-

timamente se le trasladó á una torre del antiguo Alcázar, que ocupaba una parte del terreno en que se erigió despues el magnifico palacio de nuestros reyes.—Informe dado por M. de Lussy, arquitecto, que residió mucho tiempo en Madrid, á Mr. Rey, autor de un volumen sobre la cautividad de Francisco I.—Quintana, Grandezas de Madrid, cap. 30, pág. 336.

cierto material ensanche en la prision y que se le permitiera tal cual salida al campo con mas ó menos escolta, habia una cosa mas sensible que el encierro y mas mortificante que los mismos grillos, que era el desaire de no haber sido visitado por el emperador. Pasaban dias y semanas, y Carlos, so pretexto de tener que asistir á las Córtes que se hallaban reunidas en Toledo ⁽¹⁾, como si fuesen dos mil leguas y no doce las que separan á Toledo de Madrid, no hallaba ocasion de hacer una visita al infortunado monarca, tratándole en este punto al huésped de Madrid como si fuese un prisionero vulgar. Cayóse con esto á Francisco de los ojos la venda de las ilusiones y de las esperanzas con que Lannoy le habia traído á Madrid. Herido y mortificado en su amor propio, cayó en una profunda melancolía, que al fin le produjo una enfermedad grave, y en los accesos de la fiebre se le oia prorumpir en amargas quejas, no tanto sobre el rigor de la prision, como sobre el desden y el menosprecio con que el emperador le trataba. La enfermedad se agravó en términos, que llegó á infundir serios temores así á los médicos como á Fernando de Alarcon, y unos y otros opinaron que la presencia del

(1) En estas Córtes de Toledo de 1525 se otorgó al emperador un servicio mayor que el de costumbre, en atencion á los grandes gastos de la guerra que acababa de terminar, se hicieron algunas leyes de gobierno interior, y se le escitó á que pensara ya seriamente en casarse, para que pudiera dar pronto sucesion al reino, y se le propuso como el mas conveniente enlace el de la infanta doña Isabel de Portugal, al cual se inclinó tambien el emperador y se empezó desde entonces á tratar de él.

emperador podria serle de grande alivio, y así se lo avisaron y rogaron.

Habia pasado el emperador una temporada, concluidas las Córtes, distrayéndose en partidas de montería por la sierra de Buitrago, y cuando regresaba ya á Toledo alcanzóle en San Agustin, lugar del conde de Puñonrostro, un posta enviado por los médicos del rey, avisándole que si queria ver á su régio prisionero se diese prisa á caminar, porque estaba muy al cabo de su vida (18 de setiembre). Leyó Carlos la carta á los caballos de su comitiva, y les dijo: «*El que quisiere quedarse, quédese; y el que quisiere ir conmigo, aguije.*» Y poniendo espuelas á su caballo emprendió á todo galope camino de Madrid. Al llegar á Alcobendas, salióle al encuentro otro posta despachado por los médicos y por Alarcon, instándole á que apretára si queria hallar al rey de Francia vivo. De tal manera espoleó el emperador, que en dos horas y media salvó las seis leguas que separan á San Agustin de Madrid, y entre ocho y nueve de la noche entró en el aposento del acongojado enfermo. Llegó precisamente en momentos en que el doliente monarca experimentaba algun alivio y tenia la cabeza despejada. La escena fué interesante y tierna. Los dos soberanos se abrazaron, al parecer afectuosamente, é incorporándose en la cama Francisco, «*Señor,* le dijo á Carlos, *veis vuestro esclavo y prisionero.— No sino libre,* le contestó el emperador, *y mi buen*

hermano y verdadero amigo.—No sino vuestro esclavo, repuso el francés.—No sino libre, replicó Carlos, y mi buen hermano y amigo: y lo que yo mas deseo es vuestra salud; é á esta se atiende, que en lo demas todo se ha de hacer como vos, señor, lo quisieredes.—No sino como vos lo mandeis, volvió á replicar el francés: y lo que os ruego y suplico es que entre vos y mí no haya otro tercero.» Estas últimas palabras las dijo ya turbado y casi sin sentido (1).

Al dia siguiente repitió el emperador la visita. Pero lo que dió al postrado moribundo mas consuelo fué la llegada de su hermana la princesa Margarita, que noticiosa de su enfermedad venia á ofrecerle sus fraternales cuidados, vestida con el traje de luto por la reciente muerte de su esposo el duque de Alenzon, de resultas de heridas recibidas en la batalla de Pa-

(1) Tomamos todos estos pormenores de un precioso libro manuscrito de la Biblioteca nacional (X. 227), compuesto por el ilustre Gonzalo Fernandez de Oviedo, el célebre historiador de Indias, con el título de: *Relacion de lo sucedido en la prision del rey Francisco de Francia, desde que fué traído á España, y por todo el tiempo que estuvo en ella, hasta que el emperador le dió libertad y volvió á Francia.*—El autor de este libro estuvo, como él mismo dice, todo este tiempo en Toledo y en Madrid, y su posicion en la córte le proporcionó ser testigo de todo lo que aconteció relativamente á la prision y estancia de Francisco I. en esta villa. Da por lo tanto curiosísimos y muy inte-

resantes pormenores sobre todo lo que ocurrió en este asunto, y su narracion tiene todo el sello y todos los caracteres de verídica.

De manera que con esta obra y con la copiosa Coleccion de documentos hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia, que varias veces hemos ya citado, podemos decir que conocemos lo acaecido en este notable período de nuestra historia. Sentimos que la índole de una Historia general no nos permita detenernos en multitud de incidentes curiosos y que no carecen de interés. Sin embargo, nuestros lectores podrán todavía notar en nuestra narracion algo que no habrán visto en los historiadores que nos han precedido.

vía. Recibióla el emperador con mucha cortesía y afectuosidad, y la llevó él mismo de la mano hasta la cámara del rey. Oyó la ilustre princesa de boca del emperador no menos dulces palabras de esperanza y de consuelo que las que habia dicho á su hermano. Pero la pronta marcha del César á Toledo hizo recelar á Francisco y á su hermana la duquesa de Alenzon de lo no muy dispuesto que aquél debería hallarse á cumplir sus bellas promesas de libertad, cuando consentia en dejar cautivo un rey moribundo.

En efecto, al dia siguiente de la partida del emperador, se agravó tanto la enfermedad del rey, que la desconsolada princesa su hermana «le santiguó, le besó, y le cubrió el rostro con la sábana teniéndole ya por muerto.» Mas el rey vivia. La princesa y sus damas y criados comulgaron todos, y dirigieron al cielo fervorosas preces por su salud. Al rey se le administraron tambien los sacramentos, y desde aquel dia (24 de setiembre) fué prodigiosamente aliviándose, en términos que no tardó en recobrar su salud. Durante el peligro de su enfermedad se habian hecho en Madrid, y aun en otros puntos del reino, rogativas y procesiones públicas por la salud del monarca francés, y el pueblo de Madrid muy señaladamente mostró en esta ocasion el mayor interés por su restablecimiento, y aun por su libertad, con la esperanza de ver asegurar una concordia entre los dos soberanos, y con ella la paz universal.